

LOS TERRITORIOS CORPORATIVOS DE LA GLOBALIZACIÓN¹

María Laura Silveira*

Resumen

Cada período histórico puede ser visto como un orden socio-espacial, un momento de la formación socio-espacial, que requiere un esfuerzo de análisis –más complejo cada día– sobre dos importantes dimensiones. En primer lugar, podemos analizar lo que está ahí, las existencias del territorio usado, el territorio tal como es hoy utilizado a partir de una articulación de variables clave de la época; esto es, el complejo de la llamada tecnociencia, pero también con los contenidos de información y, ciertamente, los contenidos financieros. Éstas son las variables que revelan el rostro hegemónico del espacio y cuyo análisis muestra el funcionamiento de los territorios. En segundo lugar, deberíamos estar atentos al movimiento; es decir, cómo el territorio está siendo usado y cómo podría ser usado. En otras palabras, una mirada sobre las posibilidades del período histórico que vivimos, que pueden o no volverse existencias. El espacio actual, dominado por la ciencia y la técnica, cuya dinámica responde a los totalitarismos de la información y de las finanzas, podría también ser resultado de otras posibilidades y combinaciones, que comienzan tímidamente a surgir como formas de vida y de trabajo.

Palabras Clave: Territorio usado, Territorio corporativo, Tecnociencia.

Recepción: 14 de junio 2006. Aceptación: 8 de septiembre 2006

* Universidad de San Pablo (Brasil) y Consejo Nacional de Investigación y Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq).

GLOBAL CORPORATIVE TERRITORIES

Abstract

Each historical period can be seen as a socio-spatial order, a moment in the socio-spatial formation which requires an analysis (more and more complex every day) of two important dimensions. First of all, we can analyze what is there, the existence of the territory used, the territory as it is used today from an articulation of the key variables of the time; that is to say, the so-called techno-science complex, with the information and financial contents as well. These variables reveal the hegemonic spatial facade, and their analysis shows how territory works. Secondly, we should pay attention to movement; that is, how the territory is being used and how it could be used. In other words, we should take a look at the possibilities offered by the historical context we are immersed in, which may or may not come true. The scientifically and technically named present state, whose dynamics answers to the totalitarianism of information and finance, can also be the result of other possibilities and combinations which start to come up timidly as ways of life and work.

Key words: Used territory, Corporate territory, Techno-science.

Introducción

Cada período histórico puede ser visto como un orden socio-espacial, un momento de la formación socio-espacial, que requiere un esfuerzo de análisis –más complejo a cada día– sobre dos importantes dimensiones. En primer lugar, podemos analizar lo que está ahí, las existencias del territorio usado, el territorio tal como es hoy utilizado a partir de una articulación de variables clave de la época; esto es, el complejo de la llamada tecnociencia, pero también con los contenidos de información y, ciertamente, los contenidos financieros. Éstas son las variables que revelan el rostro hegemónico del espacio y cuyo análisis muestra el funcionamiento de los territorios. En segundo lugar, deberíamos estar atentos al movimiento; es decir, cómo el territorio está siendo usado y cómo podría ser usado. En otras palabras, una mirada sobre las posibilidades del período histórico que vivimos, que pueden o no volverse existencias. El espacio actual, dominado por la ciencia y la técnica, cuya dinámica responde a los totalitarismos de la información y de las finanzas, podría

también ser resultado de otras posibilidades y combinaciones, que comienzan tímidamente a surgir como formas de vida y de trabajo.

De allí la propuesta de Milton Santos de entender el espacio geográfico como sinónimo de territorio usado, es decir, como conjunto indisoluble, solidario y contradictorio, de sistemas de objetos y sistemas de acciones. Esa definición comprende, ciertamente, la dimensión política de la idea de territorio que nos viene de larga data, pero enfatiza especialmente la forma en que el territorio es usado, con objetos y con formas de trabajar a los cuales podemos llamar técnicas, y con acciones políticas que, según su fuerza y poder, determinan los usos y combinaciones. Son los actores en cooperación y en conflicto, como ya decía Hägerstrand, otro gran geógrafo que también buscaba una discusión sustantiva sobre el objeto de nuestra disciplina.

Desde tal perspectiva podemos entender cada región a partir de los objetos que allí están y que tienden a prestar funciones diferentes pero, al mismo tiempo, a partir de las acciones sometidas a la regulación de instituciones y empresas, cuyo peso se vuelve creciente en el período actual. Por eso el título de este artículo, pues el poder de las firmas adquirió tal vigor que podemos hablar de un territorio corporativo o de uso corporativo del territorio.

Divisiones del trabajo superpuestas

El territorio usado está constituido, entonces, por la base material y la vida que la anima, en cooperación y conflicto. Cada empresa construye su base material o utiliza la que ya existe para llevar a cabo su trabajo, para cumplir los mandamientos de su vida corporativa. Cada una tiene una forma particular de combinar los objetos que necesita para el ejercicio de su acción y una forma particular de organizar las acciones para poner a funcionar tales objetos. Se trata de puntos y áreas que la empresa selecciona y que conforman su base material de existencia. Es su propia división del trabajo: una verdadera topología, tantas veces confundida con las necesidades de la Nación. No habría, entonces, una única división territorial del trabajo en nuestros países y regiones sino una superposición o un enrejado de divisiones del trabajo. Por lo tanto, estamos frente a un concepto plural.

Así, el territorio nacional, que se vuelve un enrejado de topologías corporativas, nos señala la importancia de la escala en el abordaje de la acción. Pero buscamos aquí un concepto renovado de escala, entendiéndola como escala de tiempo. Aun a riesgo de simplificar demasiado el análisis, podríamos

decir que hay un puñado de corporaciones, cuya topología supera las escalas nacionales y cuyo territorio es el planeta, y un conjunto grande de empresas, cuyas acciones no superan las fronteras nacionales. Evidentemente existe un conjunto de situaciones intermedias, desde grupos nacionales hasta pequeñas empresas de barrio, como es el caso del circuito inferior de la economía urbana.

Ese es el retrato del trabajo colectivo en el territorio nacional que se da en cooperación y conflicto, una organización compleja y a veces difícil de desentrañar y de estudiar en sus partes. Se observan, por ejemplo, nuevos conflictos entre el *agribusiness* y las formas agropecuarias tradicionales en nuestros países, entre el dominio de los hipermercados que dominan el sector minorista y los pequeños almacenes de barrio en nuestras ciudades. Todo un conjunto de situaciones geográficas que dan indicios de que ese enrejado de divisiones del trabajo no se hace sin formas de cooperación, que son, a su vez, altamente conflictivas.

La cooperación es el otro lado de la división territorial del trabajo. Es lo que la inteligencia del capital une después de la separación territorial posibilitada por la técnica propia de un período histórico. Orientada por su sofisticación y por complejas ecuaciones de lucro, la técnica contemporánea permite dividir las etapas de la producción a lo largo del planeta, llevar a una compleja y extensa unificación material e inmaterial de estos procesos.

Pero la cooperación es también competencia: entre empresas poderosas, entre éstas y otras subordinadas, entre empresas y Estado en sus diversos segmentos. Las firmas hegemónicas tienen el propósito de influir en las decisiones sobre las nuevas infraestructuras de un puerto y los usos que ellas harán de ese puerto, sobre las carreteras que deben ser construidas y cómo serán usadas, sobre la prioridad de tales vías frente a la necesidad de caminos vecinales. De ese modo, la cuestión explicativa mayor sería saber quién, en determinadas circunstancias, regula a quién. Cuando vemos que Cargill, junto con otras tres o cuatro empresas del *agribusiness*, controla la producción y la circulación (en sentido amplio) del jugo de naranja en el Estado de San Pablo, o cuando Coca Cola compra la mitad del jugo de naranja producido en el noroeste argentino, otras empresas pueden continuar existiendo pero cabe preguntar quién regula a quién en ese espacio regional y nacional.

No es exagerado decir que hoy, cuando la división territorial del trabajo de un país se globaliza, el poder de las empresas regula la vida política de la nación, imponiendo sus respectivas topologías al territorio nacional y obligando a formas de cooperación; es decir, a modernizar infraestructuras, a aumentar

la velocidad y la fluidez material y normativa, demandas tantas veces ajenas a las verdaderas necesidades nacionales.

Territorios corporativos y privatización del territorio

Como las empresas adquieren tanto vigor en la regulación de los territorios nacionales, nuestras naciones se vuelven ingobernables. Es llamativo que los gobiernos no perciban o no entiendan las causas de tal ingobernabilidad y, al contrario, insistan en formular políticas sectoriales. De ese modo estamos cada vez más lejos de la verdadera comprensión y resolución de los problemas regionales que advienen de esos grandes círculos de cooperación, tejidos por las grandes corporaciones cuyo territorio es el mundo. Las regiones abrigan solamente algunas etapas de las divisiones territoriales del trabajo de esas empresas y de la cooperación que demandan. La condición *sine qua non* es la modernización de la región, cuya población suele convencerse de la necesidad e ineluctabilidad de ese proceso que asegurará su participación en los mercados mundiales, tal como asevera el discurso.

Imponiéndose como un principio político de la macroeconomía de las naciones, la fluidez del territorio es, en realidad, un dato de la microeconomía de las empresas. Por esa razón, generalmente comienza siendo normativa. En diversos países latinoamericanos, la reforma normativa precedió a la implantación de sistemas de objetos modernos y, aún más, la fluidez ideológica o simbólica fue anterior a la fluidez normativa. Se crea esa entelequia llamada opinión pública y, con ella, el convencimiento social sobre la necesidad de la reforma.

La fluidez del territorio es causa y consecuencia de la difusión de actividades modernas, que impone una cooperación entre las empresas, entre las empresas y el Estado en sus diferentes niveles, entre las empresas y la sociedad. Estas topologías de una geometría variable unen puntos y áreas distantes bajo una misma lógica particular, y producen lo que llamamos solidaridad organizacional: es decir, una interdependencia organizacional y no obligatoriamente una interdependencia contigua o social.

Los sistemas de objetos que, en las regiones, podrían ser vistos como sistemas de ingeniería, permiten esa cooperación, que va de la carretera moderna y concesionada a la fibra óptica, pasando por un conjunto de redes más o menos materiales, más o menos inmateriales, como el sistema de televisión digital y sus respectivos imperativos técnicos y políticos. Un conjunto de sistemas de ingeniería que son, en buena parte, contruidos con recursos

públicos pero cuyo uso privado nos autorizaría a hablar de una verdadera privatización de los territorios nacionales.

Lamentablemente ese no es el único problema político grave que enfrentamos. Las grandes empresas arrastran, en su lógica, otras empresas agrícolas, industriales y de servicios, e influyen fuertemente sobre el comportamiento del poder público, indicándoles formas de acción subordinadas que arrojan la vida económica, social y territorial a la arena del mercado. Frecuentemente, los partidos políticos, aun aquellos más progresistas o con buenas intenciones, proponen acciones que no dejan de ser subordinadas porque, entre otros aspectos, se ignora la forma de existencia en el territorio.

Esas formas de acción, mediadas por los sistemas de objetos, permiten adjetivar el uso del territorio como corporativo, como también las ciudades, ya que en ellas se dan idénticos procesos con la modernización de ciertas porciones y el abandono de otras. La implantación de grandes corporaciones en áreas modernas obliga a procesos de renovación e implementación de políticas que tratan la ciudad no como una totalidad sino como parcelas. Y, cada vez más, se insiste en la convicción de que las áreas modernizadas van a arrastrar en su crecimiento a las demás. Se trata de herencias más o menos reconocibles a diversas escalas de la vieja teoría de los polos de crecimiento.

Ahora bien: ese territorio usado no es sólo el conjunto de las topologías de las grandes empresas, sino que hay actividades de varios tipos; es decir, empresas de diferentes tamaños y de diferentes fuerzas. Todas juntas constituyen lo que Milton Santos, inspirado en Perroux, llama espacio banal. Éste es el espacio de todos los actores, independientemente de su fuerza, y todo el espacio. Una recomendación de método, pues no se trata sólo del espacio industrial o agrícola o turístico.

Existen algunas empresas que se relacionan fuertemente con el territorio, con la sociedad local, con las virtualidades sociopolíticas del lugar, inclusive tomando los sistemas de objetos que allí están y dándoles otros usos o utilizando técnicas del pasado con nuevos contenidos. Es un proceso de verdadera horizontalización de ciertas porciones del territorio que, en las ciudades, constituye el circuito inferior de la economía. Entre tanto encontramos, paralelamente, esas grandes corporaciones, que lo son porque dominan las variables determinantes de la época. Esas empresas son productoras y usuarias de la tecnociencia, producen la información que necesitan para sí y aquella indispensable para convencer a los otros de su superioridad, y comandan los resortes financieros. De allí su condición de globalidad y hegemonía. Tejen, en los lugares, relaciones absolutamente verticales y, cuando parecen horizonta-

lidades, frecuentemente son falsas. Esas relaciones verticales, vinculadas a su poder económico y político, se explican por lo efímero de sus ecuaciones de lucro. Es el circuito superior, como lo llamaríamos en el ámbito de las ciudades, que entreteje relaciones absolutamente funcionales. Son empresas que demandan aquello que necesitan, extorsionando cuando las condiciones se vuelven insuficientes o parten cuando no tienen perspectivas que les sean satisfactorias. Así, en las áreas más modernas del campo los mandamientos de las empresas son crecientes e implacables, como la elección de las semillas y fertilizantes o simplemente el uso de transgénicos, la fiscalización de las especies o la concesión de créditos a tasas inferiores a las de los bancos, los contratos de exclusividad, la asistencia técnica, el transporte y la logística, que hoy adquieren tanta relevancia. Es decir, un proceso de división del trabajo y de aumento de la cooperación.

Ello crea una ampliación cuantitativa y cualitativa de la producción: los rendimientos y calidades de los productos agropecuarios en el centro-oeste brasileño o en las pampas argentinas son a menudo más altos que en Canadá y Estados Unidos. Todo contribuye a opacar los espíritus y a alimentar el pensamiento único porque, de hecho, crecemos y producimos con calidad, aunque la circulación sea extremadamente restringida. Aquí volvemos a la idea de cooperación, porque ésta se hace con nexos corporativos, desde la compra de un ramal ferroviario que pasa a ser usado exclusivamente por la gran empresa hasta fenómenos menos visibles como los oligopolios y oligopsonios, de los cuales nuestros países son verdaderos laboratorios. Es el caso de los hipermercados que acorralan a los pequeños productores con normas de calidad, cantidad y precios de compra o, como en Votuporanga y Mirassol, el de un polo de fabricación de muebles en el Estado de San Pablo, cuya producción de camas es enteramente adquirida por una importante cadena de venta de muebles y electrodomésticos, Casas Bahia. Las firmas pequeñas y medianas de ambas ciudades aumentan su producción y calidad pero están más dependientes de esa economía corporativa y globalizada.

Los mecanismos de crecimiento económico son, de ese modo, doblemente perversos. Por un lado, crean concentración de la tierra, proletarización, desempleo estructural, entre tantos problemas, pero, por otro lado, generan la confusión de las mentes porque con un país que crece es más difícil señalar el equívoco. El precio del crecimiento es que las propias regiones, sobre todo las más modernas, no controlen más su destino y, de ese modo, surgen contenidos políticos contradictorios, de los cuales participan también ciertos partidos políticos de base local que terminan produciendo falsas horizontalidades. Es el etnocidio del cual habla Thierry Gaudin, parafraseando al Robert Jaulin de *La paix blanche*; es decir, un país, una región pueden crecer económicamente

matando su cultura, su forma de trabajar, su sistema de objetos auténticos, endógenos y participando, cada vez más, de la globalización, del mercado internacional, del mercado de *commodities* al precio de la alienación de su trabajo y de la vulnerabilidad de sus habitantes.

Lógica territorial de las empresas

Cada empresa, cada rama de actividad produce una lógica territorial, cuya manifestación visible es una topología; es decir, ese conjunto de puntos y áreas de interés para la operación de la empresa que, ciertamente, sobrepasa a la propia firma y se proyecta sobre otros actores sociales. Son los puntos esenciales para el ejercicio de su actividad, como en el caso de la industria automotriz. Si la topología es una manifestación visible, la lógica territorial de las corporaciones tiene un lado que tiende a ser invisible.

Podemos identificar las haciendas modernas del centro-oeste brasileño, las plantas de transformación de soja o las de producción de aves en Santa Catarina y el puerto por el que exportan. Es la topología de la empresa, más o menos visible. Los movimientos entre esos fijos son los flujos; es decir, el circuito espacial de producción de la soja, que también puede ser reconocido e inclusive representado cartográficamente. Esos puntos y áreas de interés son efímeros y pueden cambiar, formando topologías nerviosas. En otros términos, los territorios se vuelven nerviosos pero, de alguna forma, esto se agrava porque la topología no es dada sólo por los campos de cultivo y sus etapas de transformación hasta llegar a sus dársenas privadas en el puerto de Santos, sino que se proyecta sobre proveedores, compradores y distribuidores; o sea, no obligatoriamente se construye, como antiguamente, sobre relaciones de propiedad. Este nuevo conjunto de actores, calificados y a veces bien remunerados, son convidados a formas de acción subordinadas y, aunque puedan tener conciencia de su subordinación, a menudo no tienen otra alternativa.

Sin embargo, la comprensión del lado invisible de la lógica territorial se vuelve más compleja. Es el conjunto de operaciones que envuelve lugares, el sistema de acciones propio de la empresa, que le da una posición ventajosa a escala global y le posibilita, gracias a la técnica contemporánea, una comunicación en tiempo real y el uso de instrumentos financieros a tal punto perfeccionados que dinero e información se confunden. Como busca una posición ventajosa a escala global, la lógica territorial de la empresa en el lugar también es global. De ahí esta idea de la guerra global de lugares. Rio Grande do Sul disputaba con el Estado de Bahía la localización de una fábrica

de Ford, pero lo que vemos en realidad es una persistente ingobernabilidad a escala de los Estados, de los Municipios, de la Federación. La empresa especuló sobre cuál sería la situación más ventajosa a escala global y, para ello, utilizó beneficios proporcionados por el Estado de Bahía.

¿Y si intentásemos una lógica menos dependiente del orden global, una lógica que nos permitiese otras opciones y comportamientos territoriales? Tal vez no llegaríamos a comportamientos tan particulares y egoístas, muchas veces enmascarados por investigaciones y políticas que, insistiendo en la idea de sector, hacen aparecer, lado a lado, empresas de fuerza muy desigual.

Aquí vale decir una palabra sobre el mercado interno, sobre el cual debemos tener en cuenta dos aspectos. Por un lado, las teorías de la economía internacional, para las cuales el mercado nacional continúa siendo un dato residual y, por eso, se nos aconseja no darle tanta importancia porque, si creciese, podría perjudicar nuestra participación en el mercado internacional. Por otro lado, parece que existen buenas intenciones en cuanto a la ampliación del mercado interno pero hay muchos problemas de interpretación. Frecuentemente, la idea de desarrollarlo queda anclada a la cotización internacional de la moneda, a un único recurso natural o a una *commodity* y, como no tenemos total dominio sobre esas variables, la construcción no es sólida sino efímera. En otras ocasiones, el eje propuesto para el mercado interno es la integración entre países vecinos a partir de un sistema de objetos o inclusive de una empresa. No necesariamente robusteceremos el propio mercado o podremos integrarnos con los mercados vecinos por esa vía. El riesgo de fracaso es recurrente cuando la idea de totalidad está ausente.

Muchas veces se habla de mercado interno y en realidad lo que se realiza es una profunda internacionalización del consumo interno. Se olvida que grandes corporaciones mundiales o inclusive nacionales dominan los mecanismos del comercio mayorista y minorista, la propaganda y el crédito. Los indicadores de consumo crecen sin que alcancemos el desarrollo, pues no se trata sólo de aumentar el consumo sino también de cuidar que las formas de producción de todos los tamaños y de todas las velocidades puedan tener su lugar. Cuando el consumo interno, sea de electrodomésticos, sea de muebles, sea de información, es manejado por pocas empresas internacionales o nacionales, puede crecer pero esto no significa que se fortalezca el mercado interno. Quien formula políticas, quien tiene responsabilidad de gobierno puede dejar que se ofusque su visión porque está tratando con grandes empresas nacionales y, así, las considera interlocutoras legítimas en la discusión de la nación. No obstante, poco interesa que su cuna sea nacional cuando su lógica territorial es profundamente global.

Tal vez un camino para exorcizar ese riesgo sea insistir en la idea de un territorio usado por toda la sociedad, independientemente de su fuerza, como punto de partida y como punto de llegada del análisis y de la política de Estado. El riesgo de no hacerlo es volver a imaginar que el control parcial de ciertos puntos, la existencia de una producción especializada e internacionalizada en una región, el predominio de las lógicas externas, la consideración de aspectos particularizados que, ciertamente, arrastran otros intereses y hacen más vulnerables los territorios, nos conducirán, más tarde, al desarrollo y la justicia socio-espacial. Nada más desacertado.

Cuando una gran empresa se instala en una localidad, se modifican la ecuación del empleo y la estructura del consumo, incluyendo tanto los consumos más productivos ligados al campo y a la industria como el consumo consuntivo y los consumos inmateriales como la educación, la cultura y el esparcimiento; pero además se transforman la construcción y el uso de las infraestructuras, la composición del presupuesto y la estructura del gasto público. Todo tiene que ser preparado para la implantación de la corporación. También cambia el comportamiento de las otras empresas y la imagen del lugar, por los impactos en los comportamientos individuales y colectivos, especialmente cuando la ciudad es pequeña. Y, además, el Estado, en sus diferentes niveles, comienza a hacer una serie de acrobacias para que la empresa se instale y, después, para que permanezca, ya que a cada día ésta inventa formas de extorsión para mantener o ampliar sus ventajas. A esto denominamos uso jerárquico del territorio, porque se amplían los contextos, la región y la ciudad crecen, esa porción del territorio nacional participa más abiertamente de la globalización, pero con un uso diferenciado y jerárquico de los recursos públicos y sociales. Predomina el orden global y el acontecer jerárquico, que subordinan las demás formas de acontecer, las otras formas de vida y de trabajo.

Si ese uso jerárquico ya constituye en sí un problema, su real gravedad surge ante nuestros ojos cuando lo vemos en su movimiento. El uso jerárquico del territorio no es permanente, ni siquiera durable. Las condiciones de la empresa son rápidamente alcanzadas –a partir de la producción de densidades técnicas y normativas–, y rápidamente perdidas, pues la voracidad de los capitales crea una insatisfacción permanente y hace del Estado un rehén de sus lógicas. La consecuencia inmediata es un proceso de desvalorizaciones y revalorizaciones sucesivas y frenéticas de las porciones del territorio.

Solidaridad orgánica, solidaridad organizacional

El territorio puede ser entendido, también, por la existencia de solidaridades orgánicas y organizacionales. La antigua definición de región, que debemos a Vidal de La Blache, hacía hincapié en los procesos auto-contenidos en los límites de una porción del territorio. Se hacía alusión a que, en los confines de una región, encontraríamos una articulación o interdependencia contigua entre actores locales, una interdependencia orgánica. En el período de la globalización, esto parece ser brutalmente sustituido por otra forma de interdependencia, que es la solidaridad organizacional (M. Santos). Es una interdependencia que no se circunscribe a los límites de la región y que, en realidad, no conoce fronteras sino que abarca el planeta.

El uso jerárquico del territorio, que parece reemplazar tales relaciones de contigüidad, da nuevo significado a la idea de Jean Gottmann, cuando se refería al territorio como abrigo y como recurso. Las pequeñas empresas, que dependen de la contigüidad, usan el territorio como un abrigo porque es en la contigüidad donde pueden producir y desarrollar un mercado para su trabajo. Al contrario, las grandes empresas usan el territorio como una plataforma para obtener lucro; para ellas, el territorio es sólo un recurso en su ecuación y no la condición de su existencia. Esta es la solidaridad organizacional, fundamento del uso jerárquico del territorio, porque esas grandes corporaciones usan privilegiadamente los bienes públicos y jerárquicamente los bienes privados, actualizando aquello que, en los años 1970, Topalov definía como socialización capitalista.

Con un papel central en la producción y uso del territorio y de la economía, las grandes corporaciones son, muchas veces, parte y juez de los conflictos que ellas mismas crean con otras empresas, con el Estado y con la sociedad. Pero, gracias a la producción científica de formas de convicción social, aseguran la legitimidad de sus comportamientos. Diariamente los medios de comunicación nos presentan, con una lógica binaria, un asunto de actualidad, sobre el cual debemos asumir una posición a favor o contra. Tal hecho de actualidad generalmente involucra intereses corporativos: un discurso travestido de información. Otras formas de convicción son las normalizaciones sobre cada aspecto del trabajo y la vida; es decir, normas que cuidan de la seguridad, de la higiene, de la calidad, de los procesos agrícolas e industriales. En nombre de la eficiencia, del crecimiento, de la seguridad y de tantos otros epítetos hoy presentados como valores, se justifican comportamientos sociales y territoriales violentos. Sin embargo, ese orden significa un desorden para la mayor parte de la sociedad y el territorio de una nación.

Frente a esto, nuevas formas de convicción aún más sofisticadas son producidas. Hoy, la denominada responsabilidad social empresarial, rostro moderno y menos generoso de la antigua filantropía, busca evitar ese desorden ocasionado por la ausencia social del Estado y por el “vale todo” de las firmas. El cuidado del medio ambiente y la enseñanza a distancia son, entre tantas, algunas iniciativas. Cuando el Banco Bradesco, en Brasil, hace una campaña nacional de educación, más allá de los juicios de valor que se puedan formular sobre contenidos y formas, no hay poder soberano para exigirle duración. El día que el Bradesco decida poner fin a su política social, nadie podrá exigir que no lo haga. Esto demuestra, una vez más, que el papel de producción y distribución de bienes universales pertenece al Estado y no puede ser transferido a otros agentes.

Esas formas de convicción enmascaran, a menudo, las formas de escasez y la guerra global de lugares; es decir, una guerra global de empresas por lugares “productivos”. Los lugares son arreglos de materialidades, culturas, normas, formas fiscales, sindicales, etc.; o, en otras palabras, verdaderos tejidos que atraen o rechazan ciertas localizaciones corporativas. El crecimiento, el fin del desempleo y de la emigración, la modernización sólo pueden darse cuando se acepta adaptar ese tejido. Si las normas de la municipalidad son rígidas, deben cambiar; si los contenidos de la enseñanza no son adecuados, deben ser reformados; si las infraestructuras son pocas, hay que construir obras. Todo eso tiene un costo social y el viejo concepto marxista de producción innecesaria se completa con otro, la circulación innecesaria; es decir, la circulación de dinero, la producción de normas y formas políticas que aseguren la fluidez. En definitiva, el denominado territorio “flexible” se vuelve profundamente inestable, al ritmo de las turbulencias mundiales y de una velocidad necesaria sólo para esas mismas empresas. Es un orden permanentemente disuelto, un orden para esas empresas y un desorden para la sociedad.

Se crean especializaciones territoriales productivas –regiones de soja, maíz, trigo, de fabricación de muebles o de producción textil– que son producto de las divisiones territoriales del trabajo particulares y que demandan del Estado una forma de acción subordinada. Ésta se manifiesta sea administrando los conflictos que se dan entre las corporaciones y sus topologías, sea preparando los lugares para esas divisiones del trabajo particulares a partir de la formación de *clusters* o sistemas productivos locales. Menos presente es el papel del Estado buscando liderar una división territorial del trabajo nacional, genuina y endógena.

Los resultados de ese proceso social son, frecuentemente, desarticulaciones, ingobernabilidad, un retorno a la economía archipiélago aunque ahora

sobre bases técnicas y científicas. La solidaridad organizacional, definida por una interdependencia mecánica de normas implacables y exigentes de fluidez, busca sustituir la solidaridad orgánica; esto es, la interdependencia de los actores que surge de su existencia en el lugar, de la contigüidad, de la construcción y reconstrucción local relativamente autónoma, de la búsqueda de un destino común.

Tal vez debamos buscar intensamente las pistas de esos fenómenos nuevos, a partir de otras lentes que acaben con las formas de subordinación del pensamiento. Quizás la solidaridad orgánica haya adquirido otras formas que, a veces, se vuelven más visibles en las crisis. De vez en cuando, los medios de comunicación nos muestran otros modos de trabajo y de vida y, después, dejan de mostrarlos, lo que induce a pensar que murieron. La falta de visibilidad no significa que no existan y ella es, incluso, una ventaja porque no folklorizan esas manifestaciones incipientes.

Quien tiene más fuerza impone formas de usar el territorio y de contar la historia del presente. Es preciso analizar todo esto. Pero sin olvidar los actores que tienen otras manifestaciones existenciales, a veces efímeras. Están ahí para que busquemos lo sistemático que hay en ellas, para que comprendamos la forma en que el territorio es usado en la contigüidad, donde otras divisiones de trabajo no obligatoriamente modernas coexisten. Es urgente que alcancemos una interpretación geográfica y después un discurso, capaz de codificar lo que ya existe y no se ve, y de imaginar otras posibilidades que puedan venir.

En ese sentido, quizás sea importante aceptar el consejo que, hace casi un siglo, nos daba Camille Vallaux al decir que era necesario hacer una geografía útil pero no utilitaria, una geografía inocente pero no ingenua, porque estaba preocupada en buscar la verdad.

Bibliografía

- GAUDIN, Thierry (1999) *Economia cognitiva: uma introdução*. San Pablo, Beca.
- GOTTMANN, Jean (1975) "The evolution of the concept of territory". En *Social Science Information* 14, nº 3/4.
- HÄGERSTRAND, Torsten (1975) "El terreno propio de la geografía humana". En: CHORLEY, Richard (comp.) *Nuevas Tendencias en Geografía*. Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local.

- SANTOS, Milton (1991) *O espaço: sistemas de objetos, sistemas de ações*. En: *Anais do IV Encontro Nacional da ANPUR*, Salvador de Bahía.
- SANTOS, Milton (1994) "O Retorno do Território". En: SANTOS, Milton; de SOUZA, Maria Adélia A. y SILVEIRA, Maria Laura (comp.) *Território. Globalização e Fragmentação*. San Pablo, Hucitec-ANPUR.
- SANTOS, Milton (1996) *A Natureza do Espaço. Técnica e Tempo. Razão e Emoção*. San Pablo, Hucitec.
- TOPALOV, Christian (1973) *Les Promoteurs immobiliers*. París, Mouton.
- VALLAUX, Camille (1923) *Les sciences géographiques*. París.
- VIDAL DE LA BLACHE, Paul (1922) *Princípios de Geografia Humana*. Lisboa, Cosmos.

Notas

¹ Conferencia pronunciada el 23 de mayo de 2006 en el Departamento de Geografía, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.